

Principio y fundamento

JOSEFINA
"JOSE" MICHEL

Esto que escribo tal vez poco o nada tenga que ver con las técnicas de la educación: son mis reflexiones sobre ésta, las vivencias de mi caminar por este tiempo que el Señor me ha concedido. Son las experiencias que poco a poco fueron iluminando mi conciencia y forjando mi corazón. Con ellas pude conocerme y valorarme más justamente, entenderme y entender a los demás, saber mi origen, no sólo de parte de Dios sino también de mi familia. Salir de mi pequeño mundo familiar de la niñez y conocer otro distinto, que no sólo no me deslumbró sino que me dio luz para escoger lo que mi conciencia me mostraba, me ayudó a orientar mi vida y a tratar de que otros también lo hicieran.

Con mis hermanos menores, algunos primos y otros chicos del terruño fue con quienes me inicié como maestra improvisada; luego continué con grupos de Acción Católica. Poco después, sin más técnicas que las adquiridas en la experiencia anterior, me lancé a abrir, ya en Guadalajara, el Jardín de Niños Guadalajara: chiquito, limitado en material y espacio pero que me ha dejado buen sabor, pues fue creciendo poco a poco conmigo y

yo con él en libertad y amor. Y fue hasta entonces cuando estudié la normal primaria: constaté que iba bien, pude dar nombre a lo que, sin saberlo, había puesto en obra.

Estoy agradecida con Dios, con mi familia, que me apoyó; con mi hermana Amparo, que me secundó; con Rosa Larios, que me dio orientaciones que tanto me sirvieron; con las maestras que me han ayudado, con los papás que nos confiaron a sus pequeñitos: la razón de mi hacer durante casi 50 años.

Historia personal

Soy la tercera hija de una familia de doce, la primera mujer. En aquella época, la mujer era quien debía permanecer en su casa, dedicada a las labores del hogar y atendiendo a los hombres de la familia; ellos dependían de nosotras en todo lo que no fuera cooperar en la parte económica. ¡Era la costumbre!

Mi padre, decimoprimer hijo de un hacendado, creció entre sus catorce hermanos con cierta holgura y comodidades. Al casarse, la parte de su

Fundadora y directora durante 50 años del Jardín Niños Guadalajara, hoy Taller Infantil Michel Corona. Desde los 18 años se ha dedicado a la formación.

Enérgica y suave a la vez, de mirada dulce como su voz, suspende cualquier actividad cuando un niño se le acerca para preguntarle algo; la respuesta que le dará tendrá la firmeza y claridad que ayuda al niño a resolver a su propia manera el asunto. Los niños, es obvio, son primero que todo en su vida.

Jose Michel es como las canciones de Pablo Milanés; tiene ternura, claridad, conocimiento de lo humano dicho con precisión y contundencia, con armonía y sencillez. Así, sin decirlo, como sin darse cuenta, ha formado muchas generaciones de párvulos, de educadoras, de padres y madres de familia, y en todos ha dejado huella.

herencia fue una quinceava fracción de lo que poseía mi abuelo.

Aunque al principio de su matrimonio la herencia recibida era suficiente para vivir “bien”, la situación del país (1914-1930) y la multiplicación de los hijos influyeron para que mi papá se viera en la necesidad de trabajar como tenedor de libros (contador). Él no hizo carrera universitaria, sin embargo, como leía mucho, y con la ayuda de un hermano ingeniero, aprendió matemáticas, con lo que después pudo hacer levantamientos de planos que se necesitaron en el pueblo. Diseñó un método de teneduría de libros y lo enseñó a muchachos de Autlán, quienes, como él, pudieron salir de apuros económicos. Estudió piano y logró ejecutar con sentimiento y maestría música de los clásicos: Beethoven, Mozart, Chopin, Schubert, Bach y otros. Podía leer y traducir inglés, aunque no lo hablaba. Poseía un tratado de abejas y tuvo colmenas toda su vida, con éxito para él y gusto para nosotros.

Yo lo consideraba un hombre culto, capaz de dar respuesta a la mayoría de las preguntas que le hacían las personas que lo consultaban. Su esfuerzo y tenacidad me sirvieron de ejemplo, que mucho me ha gustado seguir, con éxito en algunos casos.

Mi mamá hizo apenas parte de la primaria. Igual que a mi papá, le gustaba mucho leer. El ambiente familiar que la rodeó, su forma de ser: sensata, segura de sí, con convicciones, con una felicísima memoria, la situaron en la familia política, que la acogió con todo el aprecio y cariño.

Sin embargo, ella consideraba superfluo aquello de que la mujer estudiara pintura, música, idiomas, canto, cosas todas que sus cuñadas (mis tías) ofrecían enseñarme cuando la situación económica de mi casa se bamboleaba y la familia se multiplicaba: “Es mejor que se dedique a aprender las cosas necesarias para la familia, no hay tiempo para adornos.” ¡Nada valió!

En casa, mis papás estaban siempre ocupados: él, además de atender sus colmenas, torneaba en madera juguetes para nosotros y miniaturas preciosas de las que aún conservamos algunas. Aten-

día personalmente su rancho y una huerta que él plantó y todos nosotros gozamos.

Mi mamá se ocupaba en los cuidados de los hijos y las tareas propias del hogar. Los dos eran enérgicos pero cariñosos: nos convencían. Con mucha frecuencia, después de cenar y rezar el rosario en familia, mi papá acompañaba con el piano a mi mamá, quien cantaba arias de ópera o canciones diversas; tenía muy buena voz. Algunos de nosotros nos quedábamos a oírlos y aun a cantar también. Mi papá notó el gusto y la disposición que yo tenía para la música y propuso darme clases de piano; esto tampoco lo aceptó mi mamá.

Por la Navidad, ella nos organizaba posadas, a veces con pastorela. Nosotros actuábamos.

¡Tantos recuerdos, tantos detalles de cariño que nos fueron formando poco a poco en la unidad, la alegría y el amor!

Visión de Autlán

Para ese entonces Autlán tendría unos quince mil habitantes. Contaba con una escuela parroquial primaria para niños, con maestras más o menos capaces y exigentes, y con otra escuela también particular para niñas. Además había dos escuelas oficiales: una para niños y otra para niñas. En las particulares estudiamos los cinco primeros hermanos. Funcionaban libremente, pero se vino la supresión de las escuelas no oficiales y se suponía que todos los niños pasaríamos a las de gobierno. Pero no fue así, pues por decreto de ley la educación obligatoria sería socialista, laica, materialista y atea, y la Iglesia prohibió la asistencia a esas escuelas, ¡bajo excomunió!

En forma clandestina nuestras maestras siguieron impartiendo sus clases en casas particulares donde se facilitaba algún cuarto, un patio y hasta el corral, con las incomodidades y los problemas que esto suponía. Debíamos llegar sin útiles, de uno en uno, no en grupo, y así mismo la salida. Si se veía el riesgo de ser descubiertos, había cambio de domicilio. La maestra escribía en el pizarrón lo que teníamos que aprender, y allí, en coro, lo estudiábamos. No podíamos hacer copias para lle-

varlas a casa, era peligroso que nos descubrieran. Así terminé sexto año, y no había más.

Curiosamente, la sociedad de Autlán era culta en general. Muchos de los jóvenes salían a estudiar a otros lugares, la mayoría a Guadalajara. Las hermanas de mi papá asistieron varios años al Colegio del Sagrado Corazón en Guadalajara, tenían amplia cultura y buena educación. En cuanto a los tíos, el único que hizo carrera no se recibió. Además de ingeniería, estudió música y logró ser un gran compositor. Aprendió matemáticas, filosofía, varios idiomas. Se fue a Estados Unidos y terminó perdiendo la fe. Así volvió a su casa y les dio esa decepción a sus piadosos padres. Ésta fue la razón por la que mi padre se quedó sin ir a la universidad; aunque fue este tío quien ayudó a mi papá pasándole algo de sus conocimientos. Y yo creo que el contacto que tuvieron en ese tiempo los unió e influyó para que el tío recobrarla la fe. Años después vivió con nosotros hasta la muerte de mi papá. Tuve oportunidad de platicar muchos largos ratos con él y descubrir su sincera conversión. Terminó como hermano franciscano a los 85 años de edad. Él me dejó mucho para mi vida espiritual. Todo lo anterior fue formando en mí un concepto de la vida, que no ha dejado de ser el eje en el cual me muevo y el faro que me orienta.

Después de que terminé la primaria me dediqué a las labores de la casa. Transcurrieron tres años. Cumplí los quince y, lógico, me gustaron los muchachos. Tuve varios pretendientes y aun novios que no daban las medidas de la familia ni, francamente, la mía; pero era lo que había. De común acuerdo mi familia decidió mandarme de interna a Monterrey, al Colegio del Sagrado Corazón, atendido por las religiosas de Sofía Barat. Allí estaba de monja una hermana de mi padre; no nos conocíamos, pero nos entendimos y nos quisimos desde el principio. ¡Fue mi salvación!, porque yo caí en un medio para el que no estaba aún iniciada. Mi sociedad había sido mi familia: pueblerinos casi aislados del resto del mundo, y mis paseos: los domingos, a una huerta que mi papá había plantado, o al rancho a caballo o en carreta; allí corría, gritaba, subía árboles. Me sentía libre y, hasta cierto punto, realizada.

Nueva y más amplia visión: Monterrey

Recuerdo el impacto al encontrarme con mis futuras compañeras y, sobre todo, con los papás o las personas que las entregaban en la portería: me recordaban a los maniqués que al pasar por Guadalajara había visto en los aparadores. Pero el mayor asombro fue ver cómo aquellas niñas de apenas doce años no dejaban de escribir al contestar el examen de admisión. ¡Y yo entregué las hojas casi en blanco... No supe qué decir! Solamente algunas preguntas de religión y de “juicio” tuvieron buenas respuestas, según me contó mi pobre tía algo asustada, mas con esperanza en mis capacidades. En ese momento me sentí sin cultura, ignorante, mal educada; hubiera querido regresarme a mi rincón, pero guardé mi pena en silencio. Mi tía se dedicó a “levantarme”, a enseñar a estudiar y tratar de ponerme al corriente. Así conseguí al fin de ese año ocupar algunos cuartos lugares en las competencias semanales sobre las materias vistas. El año siguiente subí a algunos primeros y, al final del tercero, quedé a la cabeza de la clase tanto en conducta como en aplicación.

Tanto las madres como mis compañeras fueron comprensivas y pacientes conmigo. Aprendí formas de enseñar y de estudiar aparte. Poco a poco me di cuenta de que educación no es lo mismo que cultura, refinamiento en modales, lujos, etcétera, sino algo más hondo, más espiritual, más sincero. Capté que las amistades que había hecho eran las compañeras que sentían, pensaban, callaban, hablaban, reían, lloraban y actuaban como yo, esas compañeras eran verdaderas amistades. Fue entonces cuando me sentí contenta de mis primeros logros. Mas no perdí de vista todas las lagunas de mis conocimientos. Me hice el propósito de seguir con el mismo ritmo de esfuerzo hasta graduarme y llenar esos huecos. Trabajaría para que mis hermanos pudieran estudiar.

El Señor se encargó de mostrarme otros caminos: mi mamá se vio grave y tuve que dejar el colegio con gran dolor de mi corazón, sin hacer el último año. ¡Lo había soñado tanto! Dios me dio fortaleza y pude superarlo. No sabría decir si el regreso a mi terruño fue más duro que el de mi

llegada a Monterrey, sólo que ahora estaba más preparada.

El retorno a casa

La situación que encontré en mi familia era difícil en todos los sentidos menos en el de la fe, el amor y la aceptación de la voluntad de Dios. Con una claridad meridiana me situé en la realidad y con la fuerza que me diera la educación cristiana recibida en mi familia y en el colegio tomé mi responsabilidad: había que actuar de inmediato.

Además de los múltiples quehaceres de la casa, y como lo había pensado desde Monterrey, dediqué parte de la mañana a impartir clases, no sólo a mis hermanos: invité a unos primos y amigos para darle más formalidad al grupo. Las edades iban de los tres a los diez años. No era posible dar la materia a los once alumnos a la vez, tuve que separarlo por edades, capacidad o conocimientos, y mientras daba la clase a unos, entretenía a los demás con planas, armado de rompecabezas o dibujo.

Allí comencé a practicar, sin saberlo, la educación personalizada, que después estudiaría con el famoso maestro jesuita Pierre Faure. Él insistía en el respeto, el amor y la libertad que se debe al alumno; yo los practicaba, pero tendía a ser exigente...

En este tiempo nacieron mis dos últimos hermanos y a los dos meses de la llegada de la más pequeña el Señor se llevó a Ernesto, el hermano anterior a mí. ¡Cómo me dolió no estar!, ya que un mes antes había salido a Guadalajara y dejado el grupo de alumnos, pues me creyeron contagiada y ya no regresé a Autlán.

La pobre de mi mamá pasó ese trago muy sola. Mi papá había conseguido trabajo en el ingenio azucarero de Tala y allá estaba. Amparo y yo, en Guadalajara. Los parientes, por miedo al contagio, fueron muy pocos los que la apoyaron... ¡De verdad fue mi madre la mujer fuerte, ejemplo para todos nosotros!

Al día siguiente del entierro llegó mi papá para estar con ella. De común acuerdo decidieron dejar la casa y salir de Autlán, donde habíamos nacido todos. ¡Un arrancón muy doloroso pero que al fin de cuentas nos dejó fuertes aprendizajes!

El éxodo

Nos fuimos a vivir a Tala. Fue un cambio de ambiente radical; al principio, sin parientes, sin amigos ni, siquiera, conocidos. Vivimos siete años allí sin echar raíces, aunque hicimos algunas amistades que aún conservamos. Ya no di clases, pues mis hermanos entraron a un colegio de religiosas que allí había. Trabajé en grupos de Acción Católica, con niñas, donde pude poner en práctica lo aprendido en mis experiencias anteriores.

Mi papá cambió de empleo a Tecalitlán y nos fuimos con él mi mamá, los tres hermanos menores, un tío Michel —hermano de mi papá— y yo. El trabajo resultó pesado para mi padre: casi doce horas y con poco descanso. Sin embargo estaba contento. Yo iba a ratos a ayudarlo a la oficina y al salir por la noche asistíamos a misa y paseábamos por el jardín: un rato de descanso, pues el ambiente de la población era muy agradable; la gente, acogedora, amable; había buen clima y bastante silencio, lo contrario de lo que vivimos en Tala. También allí trabajé en la Acción Católica. Organicé grupos de estudio y volví a tener oportunidad de aplicar mis “técnicas”, que cada vez me parecían más fáciles y con mejores resultados. Me sentía más libre y segura de lo que hacía.

Un año estuvimos muy contentos en Tecalitlán, pero pronto el Señor volvió a pedir un sacrificio más duro que el de Monterrey: mi padre enfermó gravemente y en término de cuatro días Dios se lo llevó. Consciente hasta el final, nos bendijo a todos sus hijos presente y a los ausentes, nombró uno por uno, atendió al sacerdote que le aplicó los sacramentos, y luego expiró.

El patrón y los compañeros de la oficina de mi papá, mis compañeros de Acción Católica y la gente del pueblo en general, se portaron de lo mejor, nos ayudaron en todo lo que necesitamos durante el mes que dilatamos en dejar la casa para irnos a Guadalajara. ¡Me costó mucho dejar Tecalitlán! Allí quedó mi papá; hasta la fecha, su tumba está cuidada como por su familia. ¡Gracias, Tecalitlán!

Despertar en Guadalajara rodeados de ese mismo ambiente amoroso y servicial, por las herma-

nas de mi mamá, que nos acogieron en su casa, nos ayudó a ubicarnos sin mi padre, en medio de lo que eso significaba. Pronto ingresé al Colegio del Sagrado Corazón como maestra de dibujo y costura, y a la sociedad de ex alumnas, donde encontré a algunas de mis maestras y compañeras de Monterrey. Mientras tanto estuve trabajando también como secretaria del ingeniero don Luis Ugarte durante siete años, quien me vio con especial atención. Sin embargo, yo no me sentía del todo bien en oficina, me atraía la educación. Para entonces, Amparo, que había ingresado como religiosa del Sagrado Corazón, estaba de regreso en casa, enferma. No obstante estar conforme con la voluntad de Dios, la veía tristonza y le propuse que ella realizara mi sueño: abrir un jardín de niños. De pronto se desconcertó, pero como yo insistí, las dos nos fuimos a México. Visitamos diferentes jardines para orientarnos, vimos cómo trabajaban y pedimos consejos y opiniones. Corrimos con buena suerte: las directoras y las maestras en general nos atendieron y proporcionaron los datos necesarios. Al regresar a la *Perla* traíamos ideas más claras, el ánimo hecho y un poco de material.

Estuve un año más con el ingeniero, y, mientras, Amparo inició el kínder ¡con cinco niños!, el que luego sería el Jardín de Niños Guadalajara como sucursal del colegio del mismo nombre y por la cercanía con él. De él tomamos su espíritu, costumbres y tradición, ya que las cuatro hermanas estuvimos en ese colegio, que mucho nos apoyó. Por asuntos de Hacienda el kínder cambió de nombre a Jardín de Niños Michel Corona, y por el mismo motivo volvió a cambiar al nombre que tiene hoy: Taller Infantil Michel Corona; y así vivimos desde 1952.

Con el apoyo de las madres religiosas y compañeras rápido se pobló nuestro jardín y pudimos ver hecho realidad mi sueño: dedicar el resto de mi vida a la educación.

Al sentir la necesidad del estudio académico ingresé a la Normal Nueva Galicia. Después, con el padre Pierre Faure, S.J., estudié y practiqué la educación personalizada. Estas técnicas y teorías, aunadas a mi larga experiencia personal, son hasta hoy el sistema que se lleva en este jardín de niños:

una educación en el amor, que da espacio a la libertad y orienta hacia la responsabilidad, al respeto, a la seguridad en sí mismo, a la alegría, al amor a la vida, a la verdad, a la confianza, etcétera.

La dirección es un lugar al que va el niño a platicar con la directora, a veces sobre alguna falta de conducta o de aplicación. Ella le pregunta por qué está allí y, si “no se acuerda” o “no sabe”, lo sienta a pensar mientras ella sigue trabajando en silencio. Después de un rato, si él no comienza a hablar, le vuelve a preguntar, sin forzarlo, con cariño: el niño termina por decir la verdad.

Recuerdo a un niño que llegó conmigo (ya la maestra me había puesto al corriente del hecho): le pegó en la cara a un compañero porque éste le arrugó su dibujo pues aquél se había burlado del suyo. “¿Te da coraje? A él también le dolió tu burla y el golpe, ¿verdad?” “Sí...” Tomé el papel y comencé a desarrugarlo sobre el escritorio: “Mira, ya casi no se nota, está muy bonito.” Me vió a los ojos, sacó de su bolsa un borrador mordisqueado y me dijo: “Ti lo ’egalo y cuando vaya a Disney ti t’aigo ot’o nuevo...” Se me abrazó. Llamé al compañero; juntos reconocieron cada uno su falta; se sonrieron, se perdonaron y prometieron no pelearse más. No hubo ni regaños ni amenazas. Ejemplos como éste abundan.

No van a la dirección sólo a confesar faltas y recibir consejos, también cuando cumplen satisfactoriamente alguna tarea o se distinguen en algo positivo la maestra de su salón les da una tarjeta con la que se presentan a “trabajar” y ser reconocidos. Allí hay material diferente del de los salones y los niños escogen lo que más les gusta. Nos da satisfacción, pues el deseo es que el niño aprenda no a tener miedo a la autoridad, sino a reconocerla como un servicio.

Nos exigimos respeto y ayuda entre nosotras las maestras y hacia los niños. Ellos lo captan y así es fácil que sigan el ejemplo. Así mismo rechazamos las burlas hacia los tímidos, los torpes, los que no aprenden rápido; pedimos y damos comprensión y paciencia. Tuvimos tres niños con síndrome de Dawn y nunca hubo problemas, al contrario, sólo comprensión y apoyo de parte de la mayoría.

Aprenden a reflexionar sobre sus actos. Después de cada actividad, sentados en círculo en el centro del salón, en silencio y con sus ojitos cerrados, les pedimos que piensen en lo que trabajaron y cómo lo hicieron. Al indicárselo, abren sus ojos y a cada uno se le va preguntando con qué trabajó, si terminó cada trabajo, si regresó el material y la silla a su lugar, etcétera. Generalmente responden con la verdad, pero y si alguno no los dejó como debía, solito se levanta y los acomoda. No se vale acusar, cada uno se responsabiliza de lo suyo. Los suéteres, mochilas y cantimploras de los niños desde su llegada quedan en su lugar. ¡Da gusto ver los salones! ¡Y más gusto da oír a los papás cuando comentan que sus hijos los corrigen si dejan algo en desorden en su casa!

Todos los días hay clase de religión o catequesis. Los niños se van abriendo a concebir como obra de Dios el universo que los rodea. “Él nos hizo y nos dio lo que tenemos; por ejemplo, las manos ¿para qué nos las dio?” Van diciendo cada uno cosas positivas. “¿Y para qué no?” Contestan

también lo negativo. “Pero Dios nos hizo libres, no nos amarró ni las manos ni los pies. Nosotros tenemos que aprender a usar bien esa libertad.” Acercándome amenazadora a un niño le digo: “Yo sí puedo pegarte, pero no debo, porque acá dentro, en el corazón, Dios me puso una vocecita que me dice lo que sí debo hacer porque es bueno y lo que no debo hacer porque es malo, ¿verdad?": tema de la semana “machacado” y vivenciado a su altura. Días después un chiquito lloró porque otro le “jaló los pelos”. Se levantó una niña de tres años y dijo: “Sí podía, pero no debía”; y otra de cuatro agregó: “Usó mal su libertad.” Y a veces se piensa que a esas edades no entienden...

Pienso que si la educación es integral, lo más importante es Dios como principio, origen y fin último. Creo que si los papás y maestros, abuelos y tíos, etcétera, les hablamos a los niños y jóvenes de cualquier edad acerca de la presencia de Dios en nosotros, en forma clara, práctica, amorosa y convincente, la humanidad se parecerá más a la que soñó la Trinidad en la creación.